

NUESTROS COLABORADORES

LA COMEDIETA DE LA RISA

PRÓLOGO

Yo, señores, soy un humilde filósofo que recorro los países enseñando a las gentes mi pequeño teatro de muñecos. Soy algo así como el padre de mis muñecos, que los quiero, los cuido, les reprendo sus defectos y me empeño vanamente en enseñarles a pensar. Mis muñecos y yo formamos una familia funambulesca en que todos rien excepto yo, y por eso yo soy el extraño, el raro, el muñeco clown.

Mi casa, la casa de mis muñecos, es igual a las casas de los hombres. Nada desconocido encontraréis en ella. No os sorprenda, pues, que los muñecos de este teatro sean envidiosos e inconscientes, maldicientes y enredadores, como los hombres. En su pequeña república hay los mismos chismes que en las grandes repúblicas; o mejor dicho, que en las repúblicas de muñecos grandes.

Además, todos mis muñecos tienen algo de ridículo; pero ellos no lo notan. En cambio, dicen que yo soy ridículo, porque estoy triste. Quizá será verdad y yo no me doy cuenta.

No es raro. A fuerza de estar entre muñecos, he llegado a ser tan muñeco como ellos. Tomo parte en las comedietas que representan y estrujo, estrujo en mi conversación con ellos, para ver hasta dónde son capaces de razonar. Siempre, poco. Esto divierte al espectador, pero a mí me acongoja. ¿Quién tiene la culpa de que sean muñecos? ¿Quién tiene la culpa de que en vez de Antonio o Juan se llamen Polichinela o Arlequín?

LA COMEDIETA

Arlequín.—Ya lo oyes; soy Arlequín. ¿Qué se ha de esperar de un Arlequín? Cosas de muñecos, cosas infantiles, deliciosamente infantiles, pero infantiles al fin. ¡Risas!

Leonardo.—¿Por qué? No; cosas infantiles, no. Cosas humanas. ¿Acaso lo infantil no es lo extraordinario? ¿Acaso lo bello y lo rosado no es infantil? Cosas humanas, mejor, que son las cosas que más se aproximan a las de los muñecos. ¿No son vuestros hechos insignificantes, sin importancia? ¿Pues como los hechos de los hombres de verdad! En cambio los hechos de los niños, todo lo que a los niños sucede, es grande, inmenso, transcendental. ¿Mueves la cabeza, Arlequín? ¿Pues el engrandecer las cosas pequeñas no es hacerlas grandes? Así los niños, de lo más insignificante hacen montañas; por la desgracia más nimia, quizás ilusoria, lloran; por la más fugaz alegría, son felices. Son enormes sus aspiraciones, y a pesar de eso, fáciles y hacederas. Cuando sueñan, todo gira alrededor de ellos...

Arlequín.—¿Quieres tú dormirme con la monotonía de tus filosofías inoportunas? Viejo imbécil; déjame que sin pensar en nada agite mis cascabeles; y aunque mi risa no tenga motivo, déjame reír.

Leonardo.—¡Ríe, ríe! ¡Ríe siempre! Tienes razón, loco. ¡Ríe!... aunque sea sin motivo. (*Aparte.*) Aquí viene la muñeca Elena, que siempre tiene el placer de despreciarme. Dicen que estoy enamorado de ella. Yo no lo quiero creer, porque un filósofo no puede enamorarse de una muñeca frívola. ¡Y la muñeca Elena es la más bonita; pero la más frívola de mis muñecas! ¡Qué airosa, qué ligera, qué coqueta! ¡Cómo brota de sus labios la risa! ¡Cómo brillan sus ojos! ¡Qué gracia la de sus movimientos y la de su traje vistoso! ¡Qué chispazo de inspiración tuvo el artista al construir esta muñeca, y con qué endiablada magia colocó un alma dentro de ella, un alma pequeñita que sólo sirve para reír!

Arlequín.—(*Aparte.*) Viene Elena. Veamos cómo palidece el viejo filósofo al verla pasar. Veamos cómo fracasa toda la austera filosofía del dolor ante la alegría de Elena.

Leonardo.—¡Elena, muñeca! Ven con el viejo Leonardo, el hombre de los muñecos. Yo haré desaparecer un momento, con mis palabras sen-

satas, la risa argentina de tu boca. Yo te hablaré con la voz de la razón. ¡Elena, Elena; escucha al viejo Leonardo!

Elena.—Adiós, no me detengas. Voy a gozar. No me entristezcas, Leonardo.

Leonardo.—¡Nada! Pasa riendo. ¡La eterna risa de los muñecos vivos! Pasa radiante con su vestido multicolor, agitando el halda de seda roja y negra y haciendo sonar sus cascabeles. ¿Por qué llevarán cascabeles todos mis muñecos? Si yo, su amo, estoy triste, ¿por qué llevan ellos cascabeles? ¡Leonardo, viejo Leonardo! ¿por qué no eres muñeco tú también? ¡Debe ser tan hermoso reír siempre!

Arlequín.—No ríes porque no quieres. El pensar y el reír no son compatibles. Deja de pensar... y reírás. Y si te cansas de reír... piensa.

Leonardo.—¿Tú también sabes filosofía, Arlequín?

Arlequín.—La filosofía de la risa. ¡Oh, es una gran filosofía! Para cultivarla no se necesita estudio ni meditación: sólo es preciso reír. Y esa filosofía me da mejores resultados que a ti la tuya. Por mi risa me aprecian los amigos; por mi risa me quieren las muñecas; por mi risa y porque estoy vestido de seda y oro: ¡nada más! ¿Has visto cómo Elena no te hace caso alguno? Perdona su desvío a la pobre muñeca y compéndelo. Le ofreces lágrimas...

Leonardo.—¡Es verdad! Tú, en cambio, le brindas risas... ¡Es verdad!

Elena.—(*Entrando.*) ¿Me acompañas, Arlequín?

Arlequín.—(*A Leonardo.*) ¿Lo ves?

Elena y Arlequín, cogidos del brazo y saltando mecánicamente, se marchan, entre canciones y risas. Desde lejos vuelven la cabeza para dirigir una mirada de desprecio y lástima al viejo del llanto.

EPILOGO

Ved que el viejo Leonardo, el humilde filósofo, se acongoja porque no le comprenden sus muñecos. Miradlo apartado en un rincón, condenado por el delito de pensar y de llorar. ¿Qué remedio!

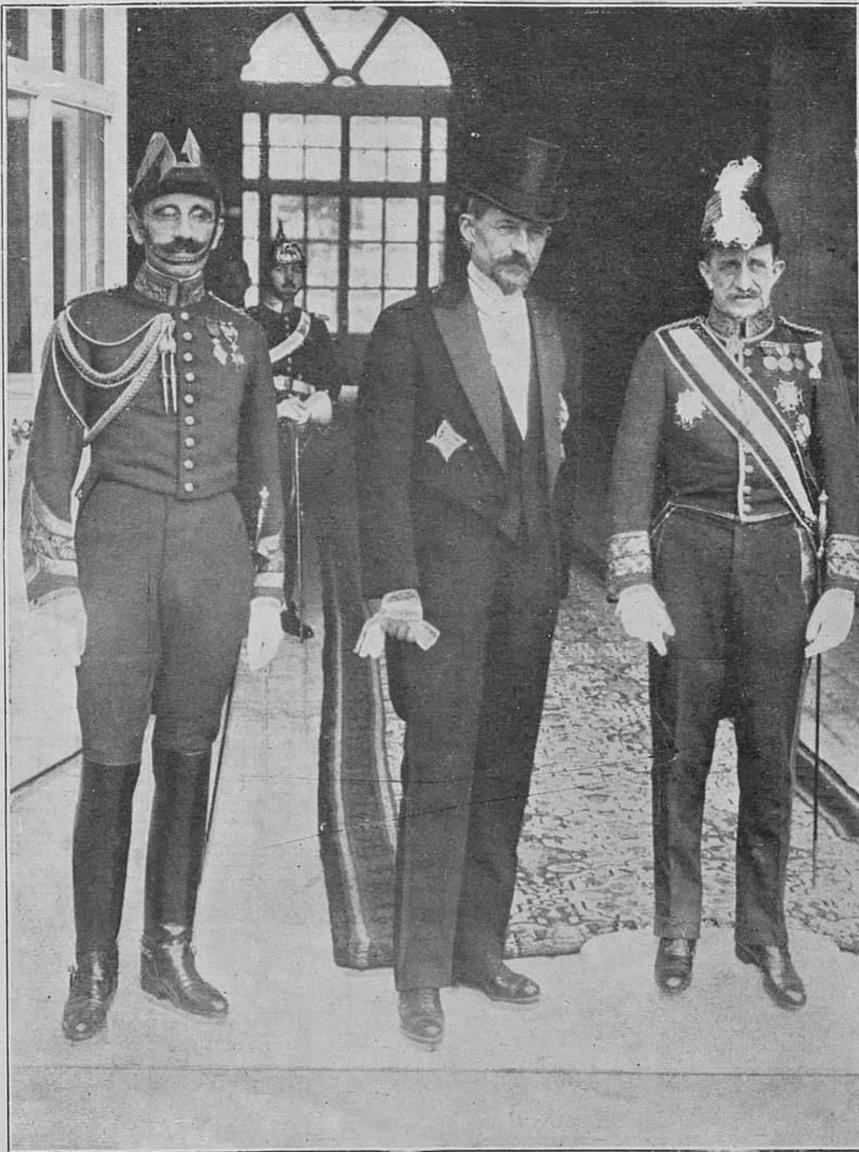
Quiso el hombre arreglar su pequeño mundo con los consejos sensatos, y, al fin, como todos, hubo de retirarse a un ángulo del escenario y ver, impávido, desfilarse el riente cortejo de marionetas, jorobados polichinelas, frívolas muñecas y vistosos arlequines. No tuvo fuerza para impedir la carcajada a su corte funambulesca.

Apenas si al pasar miran los muñecos al pobre Leonardo que quiso pensar y llorar, en el mundillo de la risa y de los cascabeles, y de las sedas multicolores.

¡Pobre Leonardo, el filósofo de las comedias! Al fin se ha convencido que el llanto es ridículo y ha escondido su dolor detrás de una bambalina, colocándose sobre el venerable rostro una careta de risa, por dentro esté humedecida de lágrimas.

La última comedia ha terminado en drama. ¡Pobre Leonardo! Ni aun con la careta de la risa le escuchan sus muñecos.

FRANCISCO AYALA



Bulgaria tiene desde ahora representación diplomática en España. Su Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario Sr. Georges Radeff, es un buen amigo nuestro, cuyos sentimientos se pusieron de relieve en el discurso que pronunció ante el Rey el día de su recepción. Sea bien venido.

En Madrid se están celebrando con gran animación las carreras de caballos de Primavera. El Hipódromo se ve muy concurrido, y entre la concurrencia, se admiran muchas bellas y elegantes damas.

Nota interesante de las carreras es la serie de triunfos, repetidos, de la cuadra del Conde de la Cimera. El domingo último, cuatro primeros premios obtuvo.

Por esto y por el Gran Premio de Bruselas, obtenido hace poco, ha recibido el distinguido aristócrata español muchas felicitaciones.